

Ponencia: IV Jornadas de Sociología FACHE-UNLP

Título: Razón homeostática y lenguajes políticos. Un recorrido por la teoría social sistémica en busca de un dispositivo de lectura.

Autor: Nicolás Deambrosi.

Introducción

Esta ponencia nace de un trabajo final que escribí para un seminario de antropología de la política. Aunque en realidad nace más atrás, en las lecturas un tanto desesperantes e inacabadas de Talcott Parsons.

Luego de leer los títulos de algunas de las ponencias, me figuré que quizás debía formar parte, la mía, de la mesa inmediatamente posterior a esta, la Mesa 23. La Teoría Social Hoy. Actores, movimientos y estructura social. Pero no hay dudas que en lo que me voy a detener es en la descripción, análisis e interpretación como problema metodológico pero necesariamente teórico, propio de la mesa 22.

Lo que guía esta reflexión es una inquietud teórica, filosófica, inicial, básica: la relación que se establecería entre la “teoría” y la “realidad social”, como supuestos términos de una tensión. Tensión epistemológica que tiene fuerte emparentamiento con la práctica empírica de la investigación social, o al menos incidencias recíprocas, ciertos diálogos necesarios. Es por ello que el trabajo nace y es una búsqueda de posibles problemas que definan, destruyan y redefinan la tensión inicial. Ésta es la malla conceptual, entendida como una construcción apriorística, bajo la cual vamos a hacer dialogar a algunos textos de Parsons, y de autores de la antropología social inglesa: de Fortes y Evans- Pritchard, de Gluckman, de Leach.

Sin embargo, no intento realizar una crítica acabada de los textos que haga algún aporte sustancial a la antropología de la política. Lo que construyo es una forma de abordarlos, mediación que me permita, en algún momento, “acercarme” a un posible “campo”.

1. Parsons: un marco para el debate contemporáneo

Empezamos con Parsons porque es considerado un fundador de la práctica de interpretación de clásicos.

Quizás un poco en respuesta a un graffiti logrado en el apunte que leo: ¿Quién lee hoy a Parsons?, parodiando la frase con la que el autor inaugura la introducción a la *Estructura de la Acción Social*: “¿Quién lee hoy a Spencer?”, es como comenzamos (y titulamos parte de) esta pequeña tesis.

No es este el lugar ni el momento para hacer una gran exposición argumental acerca de la teoría que Parsons dicta en *La Estructura de la Acción Social*. El punto es simplemente hacer unas referencias a su construcción teórica, a su modelo de teoría como paradigma de la ciencia en un momento dado.

Después de haber recorrido su argumentación lógica acerca del descubrimiento, Parsons me deja pensando acerca de la relación entre “teoría” y “realidad”, entre modelos teóricos acerca de lo social y lo social “realmente existente”.

Un modelo teórico para Parsons es uno integrado, estructurado y lógicamente cerrado, con referencia empírica y sometido a proceso de verificación. Todo esto en función de fundamentar y salvar su reciprocidad interna entre teoría y empiria. Sin embargo, la relación entre “teoría” y “empiria” en Parsons se aleja del positivismo: los cambios en la realidad tienen fuerte implicancia en la elaboración y reelaboración de los sistemas teóricos. En la evolución del pensamiento científico (de la ciencia), las categorías que hasta un momento permanecían en la oscuridad, como categorías residuales, puján desde fuera del sistema teórico (desde lo social “realmente existente”) y hacen de él un ente que adapta su lógica interna para introducir el cambio, para la supervivencia del sistema teórico en sí. Entonces de la norma y su desviación quedan las nuevas normas, las normas. Y se mantiene el sistema. En el modelo teórico que Parsons construye, termina ubicándose como centralidad teórica el concepto normativo.

La idea que planteamos es que este proceso de la ciencia se convierte, para el propio sistema teórico de Parsons, en un proceso social: análogo a la salvaguarda de un sistema teórico está la de un sistema social. Es decir: si para Parsons el marco de referencia de la acción es indispensable para el funcionamiento y evolución de la ciencia, en el caso del sistema social esta función y posibilidad de evolución estaría dada por el marco normativo.

Justamente, Alexander dice que este primer Parsons (que iría desde 1927 a 1937) “esperaba que esta teoría echara los cimientos para la restauración del individuo y diera un lugar más firme a la razón humana: con ello contribuiría no sólo a la restauración de la teoría social occidental sino de la sociedad occidental” (1987a, p. 38). Y continúa: “A fines de la década de 1930, la situación de la sociología era la siguiente: por una parte, tradiciones teóricas sin nación; por la otra, una nación sin teoría. Esta paradoja permitió el surgimiento de Talcott Parsons, la figura que a mi juicio creó el marco para el debate contemporáneo” (1987a, p. 25).

La salida que resuelve Parsons para equilibrar la supuesta tensión entre estructura teórica acerca de lo social y lo social “realmente existente” es lo que interesa para leer la obra de Fortes y Evans-Pritchard, de Gluckman y de Leach.

2. La antropología social inglesa: Fortes y Evans-Pritchard, Gluckam, Leach.

2. a. Fortes y Evans-Pritchard

Entre los 40 y los 60 es el período de la antropología social inglesa en el que se constituye un campo de antropología política. Los antropólogos sociales ingleses empiezan a pensar a la política como objeto de estudio específico, aunque para comprender el conjunto de la vida social de un pueblo (visión holística).

Cuando muere Malinowsky, la mayoría de sus discípulos adscriben al programa de Radcliffe-Brown (excepto Firth y Leach), establecido en Chicago. El programa de antropología política de Fortes y Evans-Pritchard es solidario de la tradición de Radcliffe-Brown. Se ubican dentro de la antropología social inglesa, de matriz socio-céntrica, centrada en relaciones sociales empíricamente visibles, de estructuras sociales empíricamente visibles. Pero estos antropólogos empiezan a pensar a la política como objeto de estudio específico, aunque con el fin de comprender el conjunto de la vida social de un pueblo (Clases de Soprano, 2004a).

En Introducción de *Sistemas políticos africanos* (texto publicado en 1940), Fortes y Evans-Pritchard aclaran que construyen dos tipos de sistemas políticos: con gobierno y los

que carecen de gobierno. Es a partir de la diferenciación de estos dos grupos de sistemas políticos que hablan de lo que nos interesa a nosotros particularmente: el equilibrio de fuerzas en el sistema político.

Luego los autores se meten con “lo simbólico” encarnado en la autoridad. Así, los autores reconocen dos clases de intereses que trabajan en conjunto en el seno de las relaciones políticas: los materiales y los morales, aunque aclaran que en el pensamiento nativo no se encuentran separados¹. Ahora: ¿cuál es el papel de la organización política para con el sistema social? Respuesta: mantenedor del orden; “los intereses materiales que motivan a los individuos o a los grupos en las sociedades africanas actúan en el marco de normas morales y legales interconectadas, cuyo orden y estabilidad es mantenido por la organización política” (1979, p. 103). Es por ello que ven a las ceremonias y rituales como instancias necesarias para consolidar los valores morales que hacen al orden social.

Pasamos ahora al texto de Evans-Pritchard *Los nuer*. En este texto, vemos justamente el papel “mantenedor de orden” de la organización política de la vendetta (feud) para con el sistema social. La vendetta (feud) es definida como un “modo de comportamiento aprobado y regulado entre comunidades dentro de una tribu” (1977, p. 179). Para el autor la función de la vendetta es “mantener el equilibrio estructural entre segmentos tribales opuestos y, sin embargo, unidos políticamente en relación con unidades mayores” (1977, p. 178). No sólo eso, sino que los jefes son la encarnación de la vendetta. En el caso de los nuer los jefes cumplirían una “función de estado” (en cuanto al mantenimiento del orden)².

Sobre lo que queremos hacer énfasis es el siguiente punto: cuando Evans-Pritchard habla sobre la comprensión de las tribus nuer y sus divisiones como un equilibrio entre dos tendencias contradictorias pero complementarias de fisión y fusión (1977, p. 166), en realidad la contradicción intrínseca es del sistema teórico que ha construido para estudiar a los nuer. Dice él mismo: “siempre existe la contradicción en la definición de un grupo político, pues es un grupo sólo en relación con otros grupos” (1977, p. 166). Entonces resulta inevitable para el aparataje y argumentación lógica del sistema teórico del autor que la función de la vendetta sea “mantener el equilibrio estructural entre segmentos tribales opuestos y, sin embargo, unidos políticamente en relación con unidades mayores” (1977, p. 178), cuando en realidad lo que se mantiene en equilibrio estructural es la propia estructura teórica que le sirve como malla para estudiar a los nuer.

La puesta en juego de estos elementos nos devela los supuestos sobre los cuales se apoya el aparato teórico de Evans-Pritchard y Fortes, y nos muestra, a la vez, la imposibilidad de hablar sobre “la política” sin tener una idea, una definición acerca de ella. Lo que está en el fondo de estos análisis antropológicos de los sistemas políticos africanos es la idea de la política como conciliación, mancomunidad de intereses comunes. Y lo que les subyace a estas argumentaciones, también, es la idea de la política como guerra, política como mecanismo hobbesiano de estado-nación: cuanto más peligro externo, más reforzamiento interno, mayor solidaridad entre las partes del todo para afrontar la guerra.

¹ Nota: es en esta aclaración del autor, en la diferenciación entre discurso nativo y discurso científico donde encontramos rasgos de conciencia por parte de los autores acerca de la construcción de la argumentación sociológica. Entonces, se puede criticar o comentar los procedimientos teóricos y lógicos encarados por ellos sin tener que meterse necesariamente con la “sustancia” del objeto de estudio, ya que ésta no es tal y es tal en cuanto somos conscientes de que es producto de la construcción misma de él por parte del investigador.

² Cito textualmente: “Creemos que su función social [la de los jefes] es un mecanismo mediante el cual se mantiene el equilibrio del sistema político gracias a la institución de la vendetta (feud)” (1977, p. 193).

2.b. Gluckman

El caso zulú que analiza Gluckman en *Análisis de una situación social en Zululandia* es, desde la clasificación hecha por Fortes y Evans-Pritchard, un caso de sociedad con estado. La lógica del sistema que se reproduce subsiste en Gluckman. El análisis que hace el autor acerca de los choques entre dos “sistemas sociales” son sumamente esclarecedores de esta perspectiva. Más adelante y luego de algunas referencias históricas y políticas, habla de la final cohesión y equilibrio entre los dos “sistemas”, aclarando que “emergió un sistema social blanco-africano con una cohesión propia, resultante de la participación común de zulúes y blancos, tanto en actividades económicas como en otras en las cuales los dos acabaron volviéndose cada vez más dependientes mutuamente” (Gluckman, sin fecha, p. 9), más allá de que el gobierno blanco fue establecido y mantenido a la fuerza y a la amenaza del uso de la fuerza.

Gluckman habla de la existencia de dos aspectos fundamentales de toda relación social: fisión y fusión; el primero, de división, “en el cual los intereses divergentes tienden a romper la relación”, el segundo, de cohesión, la cual se da por los lazos comunes que reconcilian los intereses divergentes. Incluso llega a decir que la “división y fusión no sólo están presentes en las historias de los grupos y en relaciones específicas sino que, son inherentes a la naturaleza de la estructura social. Así, cada grupo social se definía por no ser algún otro grupo...” (Gluckman, sin fecha, p. 12). Es aquí donde se acerca fuertemente a los argumentos equilibrantes de Evans-Pritchard. No es casual que líneas más abajo cite una frase de él que resume esta idea. Aunque por momentos parece que adopta ciertos rasgos de una perspectiva malinowskyana rescatando la acción y decisión individual en relación a la norma³, al fin y al cabo todo tiende al equilibrio del sistema.

Cuando Gluckman habla de los procesos de cambio, usa categorías como conflicto social e inercia social (Gluckman, sin fecha, p. 22-23). Entonces el clivaje ordenador del sistema teórico, ahora podríamos decir discurso teórico o científico, se reproduce (al menos en sus efectos, si lo alejamos de su crítica) como clivaje social, como problema, en lo social “realmente existente”. Por eso es necesaria su crítica y su contextualización para guiar o entorpecer nuevos discursos centrados en nuevos clivajes científicos que generen nuevos clivajes sociales. Es decir, Gluckman, a diferencia de Evans-Pritchard y Fortes, introduce al analista occidental en el trabajo de campo en pueblos en contexto colonial, sin embargo sus análisis son parte de la lógica del estructural-funcionalismo. El conflicto se convierte en instancia reparadora del orden social, establecido por la tradición.

2.c. Leach

Sin dudas, Leach es conciente de los sistemas de teoría como ordenadores de una realidad que no supone per se un equilibrio. Aquella tensión inicial y autorrefencial que hemos estado utilizando este tiempo está “hablada” por Leach en la “Nota introductoria a la reedición de 1964” de *Sistemas políticos de la Alta Birmania*. Y despliega un embate weberiano a la teoría del conocimiento con artillería metodológica: “Mi argumento es que, aunque los hechos históricos no están nunca ni en ningún sentido en equilibrio, podemos obtener verdaderas ideas brillantes si, para fines analíticos, formamos estos hechos dentro

³ “Los cambios en la participación en grupos y en relaciones capacitan a los individuos a actuar de acuerdo con valores diferentes y hasta contradictorios [...] los zulúes pueden actuar según valores europeos, formando nuevos grupos sobre esa base” (Gluckman, sin fecha, p. 12).

del modelo constrictor de un *como si*, sistemas de ideas compuesto de conceptos que se tratan *como si* formaran parte de un sistema en equilibrio” (1976, p. 11). E inmediatamente introduce a Gluckman en la discusión criticándole el hecho de que homologue la estabilidad del sistema kachin al nivel de las ideas a la estabilidad del sistema nivel de los hechos.

El contexto de producción del texto de Leach es post-52, post época en la que el clima inglés era hegemonía de Radcliffe-Brown. Los supuestos eran pensar a los sistemas sociales como naturalmente dotados de un equilibrio demostrable. La tesis de Leach en este libro es que “esta apariencia es un ilusión [...] He intentado hacer explícita la naturaleza ficticia (idealista) de los supuestos del equilibrio” (1976, p. 13). Aquella tensión inicial entre “teoría social” y “realidad” es puesta en plano. Dice que antes “tendía a considerarla [esta discrepancia] una anomalía, mientras que realmente es nuestra experiencia normal” (1976, p. 15-6).

Si bien dice que solamente en cuando esquema modelo puede ser considerado como un sistema en equilibrio” (p. 31), ingresa la utilidad científica, la eficacia de las ideas (sean políticas, científicas o morales), la importancia de la ficción para el conocimiento, el lenguaje como malla para ver pero que limita lo que vemos.

Ahora, en ese choque de culturas (entre nativo y antropólogo) en el cual el propio antropólogo está retratando a la vez que es una de las puntas del choque mismo, Leach alcanza la comprensión y la dimensión del problema y lo hace explícito, en su natividad como en su científicidad: “El ritual en su contexto cultural es una pauta de símbolos; las palabras con que lo interpreto son otra pauta de símbolos compuestos en gran medida de términos técnicos inventados por los antropólogos [...] Los dos sistemas simbólicos tienen algo en común, a saber, una *estructura* común. Esto es lo que quiero decir cuando afirmo que el ritual hace explícita la estructura social” (1976, p. 37).

Aquí está la paradoja apriorística de Leach: que si bien intenta evitar la analogía de las estructuras teóricas con lo social “realmente existente” y evitar también pensar a los sistemas simbólicos que se cruzan como estructuras con lógicas autosuficientes que se mixturán y chocan para el final equilibrio; si bien intenta evitar todo eso, termina diciendo que el subsuelo estructural mismo del accionar lingüístico de los dos sistemas es común, universal. Es decir, la tensión inicial en Leach es resulta homologando el discurso científico al discurso nativo en cuanto a su estructura.

Esta salida teórica viene planteada desde una perspectiva del ritual: el ritual no como develador de la estructura de la acción de los individuos, sino como función de carácter heurístico, metodológica. La función del ritual es hacer aprehensible para el analista las condiciones para comprender esa supuesta estructura subyacente a los dos sistemas simbólicos.

Así, como es necesariamente ficticia la condición ritual, como difícil de aprehender en su historicidad de luchas y conflictos, es también ficticia la construcción discursiva del antropólogo acerca de ella. Si bien Leach critica al hecho de concebir a los sistemas sociales como naturales y estables, no cuestiona la propia práctica científica: “pues sigue estando justificado continuar utilizando ficciones científicas”. El punto es que toda teoría necesita para existir de un equilibrio interno y autorreferencial, lo que sucede es que aquellos modelos teóricos ya no son más convincentes, por eso todo lo que pide Leach es que “se reconozca francamente la naturaleza ficticia de este equilibrio”. Y dice: “lo que he estado tratando de hacer es presentar un modelo lo bastante convincente de lo que ocurre cuando tales sistemas [gumsa, gumlao y shan] *como si* interaccionan” (1976, p. 307, la negrita es mía).

Según mi perspectiva, Leach carga no sólo con el peso lexicológico del estructuralismo, sino que en la composición de su discurso teórico late la ambición de un verdadero buscador de estructuras sociales reales debajo de las representaciones simbólicas. Sin embargo, sus propias reflexiones acerca de la distinción entre lenguaje común (estructura subyacente) y lo que llamamos lenguajes políticos puede presentar una vía para la crítica a aquel estructuralismo.

3. La constitución de lenguajes políticos: un aporte desde la “historia de ideas”.

Lenguajes políticos. ¿Qué se puede decir acerca de ellos? Creemos que los aportes brindados por la “historia de ideas” son un punto clave para comprender algunos de sus sentidos en vías de un posible aporte a la antropología de la política.

Desde un principio del escrito nos hemos propuesto como supuesta tensión a la relación entre “ciencia” y “realidad”. A partir de este a priori leíamos algunos fragmentos de las obras de Parsons, de Fortes y Evans- Pritchard, de Gluckman, de Leach. La cuestión de pensar a los esquemas teóricos como la realidad misma ha sido el desafío de cada uno de ellos, incluso de Leach que innova en la construcción de su marco de interpretación de la realidad política kachin.

La problemática que se nos presenta es muy amplia, pero dado que puede entenderse a través de lo que sería la cuestión del lenguaje, incluimos una reflexión desde la semiótica. Dice Lotman que si bien todo código se encuentra en constante interacción con aquellos otros que forman su entorno, tiende siempre a su propia clausura a fin de preservar su equilibrio interno u homeostasis. Entonces los elementos simbólicos “extrasistémicos” no pueden introducirse a él sin antes sufrir un proceso de asimilación al mismo. Esos elementos extraños, lo que para Parsons serían categorías residuales, para ser asimilados deben ser (o volverse) “legibles” por la cultura que los ha de incorporar (de lo contrario, resultarían “irrelevantes” para la misma, “invisibles” desde su horizonte particular).

Lo que arriba citamos nos sirve para reforzar el concepto de razón homeostática. La razón homeostática está definida por la lógica de los sistemas, la lógica del lenguaje. Es la lógica explicativa de la acción sistémica, la cual para sobrevivir necesita autoexplicarse, ser autoreferencial. Es la lógica del discurso científico, algunas de cuyas versiones hemos estado recorriendo a lo largo de los apartados anteriores.

Ahora bien, pensar a la razón homeostática como autoexplicativa no daría lugar a la explicación de ella misma por fuera de ella. Nos encerraríamos en una lógica cerrada en sí misma y no tendríamos nada que decir más allá de las combinaciones posibles entre los supuestos y los elementos argumentativos que el sistema teórico define de antemano. Justamente la propuesta de una historia de los lenguajes políticos vendría a redefinir el objeto de estudio de la historia de ideas y desligarse nominalmente de su nombre. Los lenguajes políticos como objeto de estudio implican, según Palti (clases teóricas de 2004b):

- a. una diferenciación con respecto a ideas o conjuntos de ideas, más bien un dispositivo, un modo particular de producir esos enunciados. Si volvemos a aquello que constituye el núcleo de este escrito, podríamos decir que aquí es donde la supuesta tensión entre realidad y ciencia, entre modelo teórico y realidad empírica, se canaliza hacia una propuesta teórico-metodológica. Ampliar la consideración de los lenguajes políticos como sistemas lógicos (“ideas”) hacia la incorporación analítica de la dimensión pragmática significa comprender a los lenguajes políticos en sus

- contradicciones y paradojas inherentes. Así, dice Palti, podemos distinguir los lenguajes políticos de las ideologías.
- b. Disponibilidad, publicidad de los lenguajes políticos para ser usados de distintas formas por diferentes sujetos. Los lenguajes políticos son los que propician los debates en torno a ellos, por lo que permiten, a partir de ellos, reconstruir los contextos de debates.
 - c. Supera la contradicción texto – contexto, ya que es endógena de los mismos lenguajes políticos.
 - d. Irreversibilidad temporal: los lenguajes políticos son formaciones históricas particulares. Imposibilidad de la traspolación temporal de los conceptos.
 - e. Incompletitud constitutiva de los lenguajes políticos. Los lenguajes políticos, a diferencia de las ideas (sistemas teóricos), son formaciones históricas, nunca son entidades lógicamente cerradas y autoconscientes. Las crisis de los lenguajes se producen cuando una serie de acontecimientos históricos hacen centro a tal incompatibilidad, a tal hueco.

4. Reflexiones Metodológicas: en honor a la mesa 22

El lector se preguntará el por qué de incluir reflexiones de una disciplina que hace de su objeto de estudio textos considerados “histórico-políticos”. La idea justificatoria de estos prestamos discursivos es que considero la lectura de un texto como un práctica que puede ser análoga a la realización de una investigación o a dar un clase. Por esos digo que “la disposición para escribir y para investigar puede ser la misma: estamos permanentemente naciendo, imbuidos en la lógica de la metamorfosis” (2004c). Aquella noción de Guber acerca de la construcción dialógica del conocimiento en la producción etnográfica (2001), me hace pensar al diálogo “como construcción de conocimiento, libros como sistemas de citas, conversaciones entre autores, enfrentamiento de interpretaciones y culturas” (2004c).

Si la especificidad está en el método, si la reflexión hace centro en el método, podemos referirnos a él desde variadas perspectivas que hagan uso y construcción del método.

Leach se daba cuenta del sin salida de los sistemas de ideas, de teorías. Y rescatando una frase de Firth, y de alguna manera para salir de este laberinto teórico en que nos hemos metido, decimos que “el necesario equilibrio del modelo en cuanto construcción significa que, esencialmente, está excluido de proporcionar en sí mismo un análisis dinámico [...] Por tanto, debe recurrir a la observación de lo que verdaderamente hace la gente en su vida normal para proporcionar las bases de una consideración dinámica, una consideración del cambio estructural” (1976, p. 8). Por ello el siguiente paso en la línea argumentativa y expositiva que se ha propuesto este trabajo, es analizar etnografías que observen “lo que verdaderamente hace la gente en su vida normal”, “lo social realmente existente”. En el artículo hemos decido referirnos muy vagamente a una etnografía en particular. Pero dadas las limitaciones de tiempo, no voy a profundizar en el análisis específico.

Cuando hablamos de los lenguajes políticos nos referimos a un método de trabajo, a un dispositivo de análisis que adopta el investigador. El análisis de la práctica

específicamente etnográfica nos sirve para entender una disposición “analítica” común a cualquier empresa de conocimiento.

Las conclusiones metodológicas que enhebra Skinner en su texto *Significado y comprensión en la historia de ideas* (aparecido originalmente en 1969) resultan interesantes para pensar todo esto. Skinner llega a decir que “la metodología apropiada para la historia de las ideas debe consagrarse, ante todo, a bosquejar toda la gama de comunicaciones que podrían haberse efectuado convencionalmente en la oportunidad en cuestión a través de la enunciación del enunciado dado y, luego, a describir entre éste y ese contexto lingüístico más amplio como un medio de decodificar la verdadera intención del autor” (2000, p. 188, el subrayado es mío). Incluso llega a decir que “el estudio de todos los datos del contexto social del texto puede tener lugar como parte de esta empresa lingüística” (2000, p. 188).

Soprano, en la última clase del seminario de Antropología de la Política del 18/9/04, hizo algunos comentarios acerca de la aprehensión de las “definiciones políticas” que construyen los actores. Según Soprano existiría un abanico de posibilidades, un acervo determinado de elementos a partir de los cuales los actores hacen sus elecciones (2004a). Si bien estas palabras fueron expresadas de manera oral y en un contexto de debate, me parecen útiles para hacer alguna observación acerca de la im/posibilidad de aprehensión de las “definiciones políticas” (es decir, “lo político” y “la política” según los propios actores).

El dilema es: ¿cómo captar los lenguajes políticos que usan y desusan en sus discursos y en sus prácticas los actores? Si nos abstraemos del campo en el que interviene Skinner y analogamos su método al campo de la antropología de la política, podríamos aseverar que la posición vertida Skinner en aquellas líneas podrían dialogar con las reflexiones de Soprano.

Pensar el limitado e infinito “universo de articulaciones y estrategias relacionales y contextuales que tienen a disposición los actores” (Soprano) y pensar “toda la gama de comunicaciones que podrían haberse efectuado convencionalmente en la oportunidad en cuestión a través de la enunciación del enunciado dado” (Skinner), nos permite recuperar la crítica que hace Jeffrey Alexander a la que él mismo llama posición historicista.

Según Alexander, la idea de una gama limitada de elementos con los cuales los actores hacen sus elecciones y articulan estrategias para la acción, supone “que el contexto intelectual y la intención del autor son inmediatamente accesibles a los estudios culturales” (1987b, p. 68). Un tercer supuesto que está en la base de estos dos es “la idea de que es posible leer y comprender sin especiales problemas textos motivados e históricamente situados” (1987bp. 68).

Estas reflexiones nos ubican en un plano en el que se vuelven relevantes ciertas consideraciones acerca del papel del investigador, dada su centralidad en el proceso de conocimiento. Como dice Alexander: “los cánones valorativos se proponen, no se descubre; sólo la persuasión puede llevar a los participantes en el discurso a aceptar la validez de tales cánones” (1987b, p. 72). Es por ello que la crítica teórica se convierte en útil y eficaz⁴. Es ello lo que se ha intentado ejercer a lo largo de este trabajo.

⁴ “...como observa Ana Claudia Marques, los antropólogos sociales deberíamos aplicar a nuestras construcciones teóricas un proceso de desnaturalización similar al que utilizamos con los universos de representaciones nativas, a fin de objetivar el encadenamiento de oposiciones binarias subyacentes en los sistemas de ideas y valores de las cosmologías académicas” (2003b, p. 277, nota al pie).

El papel del intelectual es el engarce, la arena común en donde luchan los lenguajes de esas “disciplinas”. Es, al menos, el espacio de confrontación y acuerdo que hemos elegido para la ocasión, y existe como tal: lenguaje ficticio para la revelación de la cosa.

El punto es valorar el aporte de la historia de los lenguajes políticos como dispositivo de lectura, como dispositivo de ciencia en el marco de la producción etnográfica. En historia de los lenguajes políticos se hace una “genealogía” de los lenguajes y definiciones políticas a partir de registros-textos (escritos, audiovisuales, fotográficos, u otros); en antropología de la política se intenta una etnografía de los contextos y situaciones en donde se construyen y reproducen determinadas definiciones políticas pero “en el campo”, observando y participando, aunque también a través de textos. De todas maneras, el dispositivo es el mismo. Porque los textos en historia de los lenguajes políticos no son fuentes eruditas, sino que nos develan (y ocultan) las formas de apropiación que, de ellos mismos, hacen los autores y actores en contextos específicos. Los llamados “textos oficiales” sirven al antropólogo de la política en tanto y en cuanto son parte del universo simbólico y práctico de los actores. Al fin y al cabo, no todo es texto, pero sí hay un dispositivo para chocar con los textos como con la “realidad” social. Ese dispositivo, se convierte así, en un dispositivo no sólo de lectura, sino un dispositivo de la ciencia, una teoría de la lectura que es una teoría de la ciencia.

5. El papel del intelectual: a modo de conclusión

Entre la vida y la muerte de los sistemas teóricos
se encuentra la cuestión política,
así como entre la vida y la muerte de los hombres
renace su accionar político

Si el fin de la práctica etnográfica es dar cuenta de un orden social a la vez que develamos las máscaras de nuestros propios esquemas acerca de nuestros propios ordenes, es legítima la reflexión acerca del papel del intelectual, del analista. Es algo así como un intercambio, donde el conocimiento circula y, por lo tanto, está continuamente volviendo.

La pregunta que me hago yo: ¿cuál es el papel del intelectual, del analista, que destierra algunos de los supuestos de, digamos, lenguaje políticos pasados, en la constitución de los lenguajes políticos presentes? Si el investigador elige qué supuestos poner en cuestión, elige el campo de su acción por medio del cual está interviniendo en la constitución de los lenguajes políticos de su tiempo; si el científico tiene esa opción, ¿qué elige? Creo que las crisis del lenguaje no son mera coyuntura de los acontecimientos históricos, sino que están directamente expuestos y sobreexpuestos a la práctica reflexiva de su destrucción.

Geertz, al hablar acerca de los costos de ser analista y no jugador, dice: “el precio que hay que pagar, pues hay que pagar uno, en términos de transparencia, seguridad o perspectiva científica, al negarse a secuestrar la política de las especificidades de la vida en la cual está incorporada se ve compensado con creces por la profundidad del análisis” (1996, p. 49). Es decir, el costo de la representación, de la abstracción es inherente a la práctica científica del conocimiento del otro. O el autor (analista) se vuelve actor (jugador) o compensa el límite de su empresa del conocer con la densidad y reflexividad de su propia práctica.

Sustrato bibliográfico

- ALEXANDER, J. (1987a): *Las teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial*. Editorial Gedisa. Barcelona.
- ALEXANDER, J. (1987b): “La centralidad de los clásicos”, en GIDDENS, TURNER y otros: *La teoría social, hoy*. Editorial Alianza. Madrid.
- BOURDIEU, P. (1993): “Fieldwork in philosophy”, en *Cosas Dichas*. Editorial Gedisa. Barcelona.
- DEAMBROSI, N. (2004c): “Esbozo de una monografía para Sociología de la Cultura”, trabajo final para la cátedra Sociología de la cultura de la Facultad de Humanidades y ciencias de la Educación, UNLP.
- EVANS-PRITCHARD (1977): *Los nuer*. Editorial Anagrama. Barcelona.
- FORTES, M. y EVANS-PRITCHARD, E. (1979). “Sistemas políticos africanos” en LLOVERA, J.: *Antropología política*. Editorial Anagrama. Barcelona.
- GEERTZ, C. (1996): *Tras los hechos. Dos países, cuatro décadas y un antropólogo*. Ediciones Paidós. Barcelona.
- GLUCKMAN, M.: “Análisis de una situación social en Zululandia moderna”, en FELDMAN-BIANCO, BELA (Org): *Antropología das sociedades conteporaneas – Métodos*. (Sin datos).
- GUBER, R. (2001): *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Grupo editorial Norma. Buenos Aires.
- LEACH, E. (1976): *Sistemas políticos de Alta Birmania. Estudio sobre la estructura social Kachin*. Editorial Anagrama. Barcelona.
- PALTI, E. (2003a): “El problema de las “ideas fuera de lugar” revisitado. Más allá de la “historia de ideas””. UNAM. México.
- PALTI, E. (2004b): “Clases teóricas dictadas en la cátedra Historia de las ideas sociales, políticas y filosóficas de Argentina y América Latina, entre marzo y junio, en la Facultad de Humanidades y ciencias de la Educación, UNLP”.
- SOPRANO, G. (2003b): *Formas de organización y socialización en un partido político. Etnografía sobre facciones, alianzas y clientelismo político en el peronismo durante una campaña electoral*. Tesis de Doctorado en Antropología Social. Programa de Postgrado en Antropología Social. Universidad Nacional de Misiones.
- SOPRANO, G. (2004a): “Clases dictadas durante el seminario de Antropología de la política entre mayo y septiembre, en la Facultad de Humanidades y ciencias de la Educación, UNLP”.
- SKINNER, Q. (2000): “Significado y comprensión en la historia de las ideas”, en *Prismas* 4.